

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablamos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita tambien distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS  
por el consentimiento de todos los pueblos.

*CONVERSACION SEPTIMA.*



*Clem.* **C**oncluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.



Romanos, griegos, judios, asirios, etio-  
pes, egipcios, caldeos, italianos, france-  
ses, alemanes, ingleses, rusos, suecos,  
prusianos, ugaros, polacos, portu-  
gueses, españoles, turcos, persas, tártaros,  
chinos, peruanos, mexicanos, y, en fin,  
todas las naciones y todos los pue-  
blos, en todos los siglos, han convenido  
en reconocer la ecsistencia de la divi-  
nidad.

Decia Plutarco á Colote filósofo epi-  
cureo: „Si caminares, por todo el orbe  
„hallarás ciudades sin letras, sin rey,  
„sin riquezas, sin teatros y sin acade-  
„mias; pero ninguno halló ni hallará ciu-  
„dad sin templos, sin Dios, que no ha-  
„ga oracion, que no jure, que no con-  
„sulte á los oráculos, y que no ofresca  
„sacrificio para conseguir los bienes,  
„y alejar los males; y antes tengo por  
„mas facil que se edifique una ciudad  
„sin suelo, que el que se constituya y  
„permanezca sin divinidad.”

Ciceron en el libro 2.º de las leyes cap.  
8º dice: No hay pueblo por intratable y fe-  
roz que sea, que ignore que deba te-  
ner Dios; aunque no sepa cual es el  
que ha de adorar. Hablando en otro  
lugar de la ecsistencia de Dios, y de la  
la inmortalidad de la alma humana, Tus-

cul. libro 1.º capitulo 13, dice: no hay  
hombre por bárbaro que sea, cuya men-  
te no esté imbuida en la opinion de la  
divinidad::: Todos juzgan, que ecsiste  
la naturaleza divina. Esta opinion no se  
ha originado de convenio y consenti-  
miento; ni se ha radicado por estatutos,  
ni leyes. El consentimiento de todos los  
hombres en toda materia, se debe re-  
putar por ley de la naturaleza.

A los testimonios de estos dos ilustres  
escritores gentiles podria agregar otros  
innumerables de escritores tambien pa-  
gános. Aunque no considerémos á Moi-  
ses como escritor divinamente inspira-  
do, sino únicamente como el mas anti-  
guo de los escritores, conformándose  
con la sentencia de todos los críticos;  
pues segun algunos ecsistió trescientos  
años. y segun otros, seiscientos an-  
tes de la guerra de Troya, por la re-  
lacion que hace de la creacion del  
mundo, se ve claramente, que desde el  
principio de este, los hombres recono-  
cieron á Dios como á criador y gover-  
nador del universo, y desde entón-  
ces comenzaron á darle adoracion y  
culto. Despues del diluvio general acon-  
tecido á los diez y seis siglos del naci-  
miento del mundo, Noé que se salvó de



este catástrofe, dejó á sus hijos con la sangre, la religion: estos se dispersaron ácia diversas partes del orbe: se empezó á poblar de nuevo la tierra: se formaron reinos en el Asia y fuera de ella; y en todos permanecia el conocimiento de Dios. Y aunque despues por la ignorancia, por las pasiones y corrupcion de los hombres, se introdujo la supersticion, los errores y la idolatría, en todas partes perseveró la persuacion de la ecsistencia de la divinidad. Esto mismo refieren los demas escritores, que nosotros llamamos sagrados, hablando de las marchas, transmigraciones, guerras y hechos de los hebreos; y por su comercio con las demas naciones nos manifiestan la religion y costumbres de ellas; y aunque por estas relaciones vemos grandes variaciones en el culto, hallámos á todos estos pueblos concordes en el reconocimiento y adoracion de la divinidad.

Pasando de los historiadores hebreos á los de otras naciones, se nos presentan los griegos, que aunque no fueron los mas antiguos, fueron los mas sábios. Entre ellos florecieron las artes, las ciencias y el comercio, con otros pueblos remotísimos, de cuyos usos, costumbres,

tradiciones y religion, adquirieron estensas noticias, y de quienes recogieron los monumentos de su mayor antigüedad, adelantando sus investigaciones y descubrimientos hasta los dos períodos de tiempo, que Varrón llama obscuro y fabuloso. Por relaciones de estos historiadores entre los que es el primero Herodoto, sabémos el origen de los imperios, de los reinos, de las repúblicas, sus fundadores, sus príncipes, sus leyes, sus guerras y sus hechos ilustres; y vemos por todo esto, que todos los pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, y que este conocimiento y el culto, han permanecido á pesar de los trastornos horrosos y mutaciones estraordinarias que han padecido en todo lo demás.

Con los historiadores griegos convienen en esto los latinos, que hablan no solamente del culto de Roma, sino tambien de otros pueblos remotísimos, feroces y bárbaros, á donde penetraron las armas romanas; como se puede ver en César y en Tácito.

Tambien por las obras de los poetas nos debémos convencer del consentimiento de todas las naciones acerca



de la ecsistencia de Dios. Esto se ve claramente en Homero, poeta antiquísimo y el mas sábio de todos los poetas, en Hesiodo su contemporáneo ó poco posterior, en Ovidio, en Virgilio y otros que hablan de los sucesos y de la religion de pueblos muy remotos y muy antiguos.

*Sever.* Ningun aprecio merecen las relaciones de los poetas sobre la materia; porque ellos las mezclaron con fábulas tan ridículas y tan estravagantes acerca de la genealogía y hechos de los dioses, que si las hubieramos de admitir, nos veriamos precisados á reconocer por divinidades una multitud asombrosa de monstruos.

*Clem.* Aunque los poetas hayan mezclado tales relaciones con fábulas estravagantes, no se infiere de esto que los pueblos de que hablan, no hayan admitido la ecsistencia de la divinidad, sino todo lo contrario. Mi proposicion es esta: todos los pueblos, en todos los tiempos han convenido en la ecsistencia de la divinidad, y así aunque acerca de ella hayan tenido mil supersticiones y errores, y aunque los poetas hayan mezclado miles de fábulas acerca de la religion de esos pueblos de que hacen mencion, se infie-

re claramente que tales pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, que es lo que hace á mi intento, y para lo que cito el testimonio de los poetas, y no para que se les crea cuanto dicen.

Esto se confirma con la autoridad de Lucrecio, que como ateista es nada sospecho en la materia. Este elogiando á su maestro Epicuro, lib. 3. dice: que teniendo todos los hombres religion, su maestro fué el primero que sacudió el yugo de ella, y le declaró la guerra. Por las obras que nos han quedado de los filósofos mas ilustres podemos inferir, que ellos reconocieron la ecsistencia de Dios; y por los antiguos monumentos que citan Laercio, Ciceron, Plutarco y otros, consta, que algunos pocos que no tenian religion, eran llamados atéos, eran abominados como monstruos, y eran quitados de enmedio como enemigos de la naturaleza. Sócrates, segun se dice comunmente, reconoció la unidad de Dios, y los jueces calificándolo de ateista, porque no admitia la multitud de sus dioses, lo condenaron á muerte, que sufrió bebiendo un vaso de veneno. Anaxágoras, llamado á juicio por Cleon,



por despreciador del dios pátrio, aunque él sentía bien de la divinidad, como escribe Plutarco, fué multado en cincuenta talentos, y condenado á destierro. Protágoras habiendo compuesto un libro, en que parecía que dudaba de la ecsistencia de la divinidad, fué arrojado de su pátria por los atenienses, y su libro fué entregado públicamente á las llamas.

Por último, con innumerables escritos y monumentos de la antigüedad mas remota, se prueba evidentemente el consentimiento de todos los pueblos en todos los siglos sobre la ecsistencia de la divinidad.

*Sever.* Aunque es cierto que las naciones mas cultas y mas célebres confesaron la ecsistencia de Dios, no es cierto que todas generalmente la reconocieron. Cotta, filósofo antiguo, citado por Ciceron, lib. 1. de la naturaleza de los dioses cap. 23 dice: *Juzgo, á la verdad, que hay muchas naciones tan bárbaras, que no tienen ni aun sospecha acerca de la ecsistencia de la divinidad;* luego no es universal el consentimiento de las naciones sobre este asunto.

*Clem.* Primeramente digo: que este sofista académico no nombra ni una region,

ni un pueblo siquiera en que esto se verifique; ni cita testimonio, ni autoridad alguna para probar su proposicion. En segundo lugar digo: que el mismo Cicerón, hombre de mayor crédito que Cotta en la república literaria, afirma lo contrario en muchos lugares, de los cuales citaré uno, lib. 2. de la misma obra. Dice pues: *es una persuacion innata y que está como esculpida en el ánimo de todos el que hay dioses: cuales sean, en esto hay variedad: que los haya, ninguno lo niega.* Lo mismo asegura Eliano lib. 2. De varias historias. Aristóteles citado por Máximo Tirio, y lo que es mas, Luciano, enemigo acérrimo de toda religion, disputando con Timocles en el diálogo llamado, *Jupiter Tragedus*, núm. 42 viene á concederle tácitamente el argumento que este le hace, á favor del culto de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos.

*Sever.* Consta por las relaciones de algunos viageros, que en algunas islas junto á las Mólucas, y en otras partes de la América y de la Africa, no reconocen la ecsistencia de la divinidad.

*Clem.* Es digno de admiracion el que los ateistas que tanto se glorian de estar adornados de grande ingenio, y de po-



seer una vasta erudicion, para quererse librar de la fuerza del argumento que se les hace en defensa de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos, se vean precisados á investigar lo que pasa en algunos rincones miserables del mundo. Aun cuando fueran verdaderas las relaciones de esos viajeros, con ellas no puedes destruir ni aun debilitar la verdad de mi proposicion: porque aun supuesta la verdad de esas relaciones, ese cortísimo número de hombres salvages que viven en los bosques á manera de fieras, se debe reputar como nada, comparado con todos los pueblos, especialmente los mas cultos, mas civilizados y sábios de todos los tiempos.

Pero te contestaré mas directamente. Segun la narracion de personas que han vivido mucho tiempo en esas regiones de que hablas, que conocieron el idioma y las costumbres de esos hombres bárbaros, consta, que estos reconocen la ecsistencia de Dios. Algunos escritores citan testimonios muy graves, para vindicar de la nota de ateistas á estos hombres. Juan Alberto Fabricio en la apología del género humano contra la acusacion del ateismo;

Grocio en su libro entretenimientos sobre muchas materias de la historia; Stillingleto en su libro, orígenes sácos, prueban eficazmente, que los pueblos del Canadá, de las Antillas, del Brasil, de China, de Cuba, de la nueva Inglaterra, del Paraguay, y otros de la Africa, como los Cafres y los del Madagascar, han sido calumniados con el nombre de ateistas por algunos viajeros, ó maliciosos, ó ignorantes, ó ligeros en formar congeturas contra estas gentes, por su aspecto deforme, por su barbárie, y por su modo de vivir, casi de brutos; y Kolbeno, que vivió diez años en los pueblos bárbaros de la Africa, en la descripcion del capítulo de Buena-esperanza dice: que pudo averiguar que los moradores de estos pueblos creen que hay un Dios supremo criador y Señor del universo, y que están persuadidos de la inmortalidad de la alma humana.

Muchos varones eruditos y prudentes, ecsaminando esas relaciones de los viajeros, han quedado convencidos de su falsedad; de modo que bien podemos llamarlas unos meros romances. Finalmente, consta por las historias de esta América septentrional, que en to-